

## La última clase de Giuseppina Grammatico\*

---

\* Esta lección fue dictada por Giuseppina Grammatico el 29 de septiembre de 2009, en un curso del Magister en Estudios Clásicos, en el Centro que hoy lleva su nombre, poco antes de viajar a Punta Arenas (Chile) al XIII Encuentro Nacional de Estudios Clásicos. Como se sabe, al culminar este le sorprendió la muerte (12 de octubre de 2009). Es por tanto la última clase conservada de las muchas que nuestra recordada maestra dictó a lo largo de su trayectoria académica. El texto ha sido recuperado por los entonces alumnos de Magister, los profesores Lorena Berriós y Paulo Donoso. Es evidentemente la transcripción de una grabación y con seguridad no había sido corregida por su autora; la redacción de *Limes* sólo se ha permitido la corrección de algunas obvias irregularidades en la transliteración de palabras griegas.



# *La noción de frontera en la antigua Hélade.*

Análisis de algunos fragmentos heraclíteos

## **Resumen**

A modo de introducción, se examina la noción de frontera, junto con las de etnia, espacio y tiempo, y su vasto campo semántico, en la Grecia antigua.

Luego, el estudio se centra en el análisis y la interpretación de algunos fragmentos de Heráclito en que aparecen los términos analizados; y abarca el ámbito espacial (frs. 94 y 120), el temporal (frs. 18 y 29) y el espiritual (frs. 45, 92 y 16).

La conclusión recoge los hilos de esa lectura interpretativa, e intenta transferir los resultados de la investigación a nuestra modernidad, aplicándolos a la realidad de los nuevos tiempos.

## **Esquema del trabajo**

- I El campo semántico de la frontera
- II La noción de frontera, en Heráclito.
  - Ámbito espacial: frs. 52, 62.
  - Ámbito temporal: frs. 95, 108.
  - Ámbito espiritual: frs. 67, 75, 77, 81.
- III A modo de conclusión

## I El campo semántico de la frontera

La noción de frontera abarca dimensiones de diversa índole y al menos dos direcciones, una mirando desde el límite que ella marca, hacia afuera, y la otra mirando desde el mismo límite, hacia adentro. Es precisamente esta mirada bidireccional, la que, a su vez, introduce en el ámbito de lo étnico, permitiendo definirlo y comprenderlo.

Para ser comprendida plenamente, la noción de frontera debe ser analizada en profundidad, particularmente en nuestro tiempo en que se halla fuertemente cuestionada tras el acoso de una globalización que amenaza barrer con toda clase de confines propiciando una *communitas* universal.

Nos detendremos en otra ocasión en los problemas que esto acarrea y en las utilidades que pretende procurar. Aquí queremos tomar distancia de las inquietudes del hoy y, con rigurosidad y buen criterio, tratar de comprender el significado que el término y sus colindantes encierran, y los modos en que fueron entendidos desde tiempos muy lejanos, en los albores de la civilización helénica.

Examinaremos, pues, las palabras que significan “frontera”: *horos, peirar, terma, tékmar, telos, metron*; seguidas de las que significan “espacio”: *khōra, topos*, y tiempo: *kairós, khronos, aión*, concluyendo con las que definen la etnia, el pueblo: *ethnos, dēmos, laós*, e indagaremos sus conexiones, a fin de abarcar su sentido en una amplia visión de conjunto.

Lo más notable en ellas es un rasgo característico común: su campo semántico riquísimo y, por así decir, bifurcado; o sea, dotado de un significado concreto, casi técnico, y de uno abstracto que incursiona, por un lado, en el ámbito de lo lógico y lo gnoseológico, y por el otro, en el de lo orgánico, lo propio y lo mismo.

Analizaremos por separado los componentes de esta peculiar gama léxica:

1.- *Hóros* era en Grecia el vocablo más recurrente para identificar la noción de frontera. Significaba propiamente “límite”, y éste era marcado a menudo por una piedra, una columna u otro elemento fácilmente visible, que separaba uno de otro los dos lugares. En plural, *hória*, indicaba una región fronteriza claramente definida. *Horon theinai* quería decir precisamente “poner un mojón” para hacer

tangible la separación. Que tal acción no perteneciera sólo a la esfera de lo práctico, geográfico o político, sino que se extendía a la esfera de lo sacro, lo muestra el que aparentemente es un mero “accidente gramatical”: la aplicación del adjetivo *horios* a Zeus, dios supremo protector de los confines. Y que no se tratara de algo casual, nos lo confirma el significado del verbo *horízō* que, junto con mantener la acepción de “separar con algún elemento delimitante”, y por ende, de “fijar un límite”, poseía el sentido de “mandar”. La acción de fijar límites, en efecto, comporta el ejercicio de un mando, de un imperio.

La frontera divide el espacio en dos partes bien definidas: una que se extiende ante los ojos de quien la explora escudriñando el horizonte hasta donde alcanza su potencia visiva -una extensión que se puede recorrer con la mirada, y presumiblemente también con uno u otro medio de transporte-, y otra que solamente puede imaginarse, y cuyas características permanecen en el campo de la conjectura. La frontera por excelencia es, pues, el círculo del horizonte, *horízōn kyklos*. Cuán engañadora y angosta sea nuestra visión lo demuestra el hecho de que esa línea divisoria, que aparece tan marcada, se revela tan lábil y escurridiza cuando intentamos asirla. Tanto es así, que si pudiésemos caminar hacia adelante en un tiempo ilimitado, y si nuestro entorno pudiese mientras tanto permanecer igual a sí mismo –hipótesis, ambas, absolutamente irreales-, a un cierto momento nos encontraríamos exactamente ante el mismo horizonte.

Esto nos confirma que la noción de frontera nace de una experiencia totalmente humana. Heráclito, que parece haberlo intuido todo, hace unos dos mil seiscientos años, nos advertía:

*ēthos gar anthrōpeion ouk ekhei gnōmas, theion d' ekhei* (fr.90).  
“La naturaleza humana no tiene juicios veraces, la divina sí”.

Sólo ante una mirada todo-abarcadora las fronteras pierden sentido y consistencia. Que hay fronteras visibles y también no visibles, pero que, dentro de la esfera de lo humano, ambas aparecen dotadas de estructura y connotaciones propias, lo señala la posibilidad de desplazarnos con bastante facilidad de la imagen, perfectamente asible, de una línea divisoria, o de cualquier otro elemento concreto que la represente, a aquella cuyos perfiles sólo se manifiestan a los ojos de la mente, y a la cual damos el nombre de “de-finición”.

Cuando esto sucede, hemos pasado del ámbito geo- o cronográfico mensurable, si bien con bastante dificultad, cuando la extensión que pretendemos abarcar es muy grande-, al ámbito gramatical, lógico, retórico, para cuyo entendimiento necesitamos de otros instrumentos de medición y de otra unidad de medida. Se trata, en verdad, de espacios diversos que requieren una diversa capacidad de alcance.

Nos puede ayudar, para la comprensión de esta bipolaridad, el término *ouron* –más usado en plural, *oura-* que significa “espacio”, “extensión”, “distancia”, y también “unidad de longitud”. Se lo usa concretamente para indicar el ancho de una yugada de mulas, *hemiónōn oura*, y tiene su correlativo en las palabras latinas *urvum*, “esteva del arado” y *urvāre*, “trazar un surco arrastrando el arado” para fijar el recinto de una ciudad. Si evocamos el *sulcus primigenius* trazado por Rómulo durante el rito fundacional de la *urbs* que llevaría su nombre, y también el espacio sacro del *pōmoerium*, vemos que los términos latinos, aluden, al igual que los griegos, a esa porción de suelo delimitada por los surcos dejados por las ruedas del carro llevado por las bestias, ritualmente escogidas, que lo tiraban (*heryo*, tirar).

Por ser (por ejemplo) la de “poner límites”, una acción específicamente humana, es inevitable conferir a las palabras analizadas, junto con el espacial, un sentido temporal. El hombre, en efecto, por su naturaleza, está inserto en unas coordenadas espacio-temporales que, al mismo tiempo, lo delimitan y lo definen, y no puede sustraerse a ellas.

2.- Una senda semejante recorre la palabra *peirar* -usada a menudo en plural, *péirata-*, que significa “término”, “límite”, “extremidad” y, al igual que *horos*, extiende su sentido en el espacio y en el tiempo. Las dimensiones del *peirar* se llegan a comprender en su totalidad si se lo mira desde su contrario, el ápeiron, “lo sin límites”, noción que de inmediato nos remite a Anaximandro.

La extremidad del cielo, que es para el hombre el horizonte, es llamada *peraté*, y el verbo *peráinō* expresa la acción de llevar a término o acabar algo previamente emprendido. Para realizar tal acción hay que atravesar determinada sección de espacio, avanzar por una senda, abrirse un camino, *poros*, perforando (*peirō*, *pérnēmi*), si es necesario, la materia pesada u hostil que separa de ese “término”, desatando nudos, superando obstáculos graves e inertes. Una vez

más, las palabras no se limitan a retratar solamente lo físico: esa “extremidad” puede ser también la conclusión de la ruta del pensar, la toma de una decisión que cierra una larga búsqueda, un penetrar la densa opacidad de la in-sipiecia, de un cabo al otro, hasta la irrupción de la luz.

3.- Por su parte, el sustantivo *terma* significa “fin”, “término”, “borde”, “punto extremo”; el verbo *termázō*, acuñado a partir de él, explicita la acción del “fijar los límites”; y el adjetivo *termiéus*, como *horios*, es otro de los epítetos de Zeus, protector de fronteras. *Terma* conlleva una suerte de primacía, llegando a identificar lo sumo, el poder supremo; y es también –en un sentido trans-lato al que se llega utilizando la peculiar sutileza del especular, yendo “más allá” (*téirō*)– el designio, el propósito alcanzado luego de una travesía, tras haber superado “el punto crítico” y haber logrado la meta. No está de más recordar que el nombre *Terminus* se encuentra también en Roma, y, él también, identifica a un dios.

4.- También la palabra *tekmar* significa “línea de separación”, “término”, “fin”, además de “límite”, “meta”, “signo”; se muestra como una señal de reconocimiento que no engaña, y es, de algún modo, fijada por voluntad divina; *tekmōr*, sinónimo de *tekmar*, unido al superlativo *mégiston*, indica el gesto de asentimiento inderogable de la divinidad suprema; en latín la expresión análoga es: *nutus Iovis*. Una vez más estamos ante un término que, partiendo del sentido primario de “línea marcada” que fija y delimita un espacio, pasa luego al sentido derivado de “indicio”, un indicio de otro orden, que pone énfasis en lo que esa línea “indica”, designa y comprueba, permitiendo aventurar conjeturas sobre una base certera y no engañosa.

5.- La noción de término, entendida ya como fin ya como acabamiento de un recorrido, es expresada también por el término *telos* que apunta al cumplimiento de un itinerario y, por ende, a su perfección. Que el *telos* constituya una frontera, la última frontera de una trayectoria humana, queda bastante explícito en algunos de sus significados accesorios, como lo son el de “lo bien organizado” o el de “lo que es debido”, que ponen en evidencia el ordenamiento casi sagrado del proceso desde su punto de partida hasta el de llegada. Quien emprende el itinerario debe estar consciente de que el acto mismo de ponerse en camino comporta la responsabilidad de llevarlo a cabo en la mejor manera posible, y que eso implica involucrarse en

el asunto y estar dispuesto, de ser necesario, a pagar por ello (*telthos*) y a soportar lo que le advendrá en el andar.

La conexión con lo sacro se hace manifiesta en la atribución, al dios supremo, de los epítetos *téleios*, *telesfóros*, *telésiourgós*, *telessíphrōn*, que contienen como componente principal el término *telos* que les confiere una clara autoridad. Por lo demás, la estrecha relación que tienen con *telos* las palabras *teleté* iniciación y *teleutaios*, *teleutaia* (*héméra*), muerte, sitúan dentro del espacio ritual todo el itinerario que lleva al último fin -*teléin* es “cumplir un rito”-, y no eximen de tener que soportar (*tlēnai*) toda clase de pruebas, por difíciles que sean. El ritmo mismo del ser (*télomai*, *pélomai*) ilustra gráficamente ese “dar vuelta alrededor de un eje (+*kwel-*) “ que ha de experimentarse para llevar a cumplimiento el ser mismo. En esa andanza, el poder de decisión asume un papel medular; sin él, alcanzar la frontera viene denegado, y el desenlace deviene banal e intrascendente. La consumación de lo vivido pierde su valía.

6.- A otro tipo de límite alude el término *metron*, “medida”, aquella propia del ámbito externo, de lo mensurable concreto, que requiere de instrumentos visibles y tangibles, y aquella otra interior, que remite a la moderación, al equilibrio, a la medida. Aquí la línea de demarcación no es claramente definida, y sólo el ojo del alma puede barruntarla, si está adecuadamente entrenado. Los hombres nos movemos, además que dentro de un lugar concreto donde es más fácil ser ámetros que *éumetros*, *sýmmetros* o *métrios*, en otro espacio fuera del mundo físico, y en un tiempo de rasgos escurridizos, donde alcanzar la justa medida es aún más difícil. Parafraseando a Heráclito (fr.123) podríamos decir: “La geometría del alma ama ocultar sus deslindes”; por lo demás, nuestro catastro espiritual dista mucho de ser perfecto.

Esta doble dimensión que presentan todas las palabras que tienen relación con el límite o la frontera nos lleva a escudriñar con más acuciosidad las coordenadas espaciotemporales a las cuales reconducen. Y nos percatamos de que en ellas también se nos hacen visible una rica e inquietante pluridimensionalidad.

*Khōra*, espacio, no es sólo un lugar definido, apropiado para ejercer en él una actividad, o para designar un emplazamiento: un suelo, un país, una región, una patria –y el término *topos* hace gala de todos o casi todos los sentidos de *khōra*-.

Su derivado, *khōrion*, puede también encarnar un espacio orgánico e identificar las partes del cuerpo. Puede además ser trasladado a un contexto filosófico, y significar “categoría”; a uno gnoseológico, y significar “consideración”; a uno retórico, y significar “lugar común”; a uno musical, y significar el sitio que ocupa un pie métrico al interior del verso.

*Khōris*, “lejos”, nos invita a atisbar el límite extremo. Allí, en lo totalmente separado, detrás de la última frontera, Heráclito vislumbró al dios, “lo único verdaderamente sabio” - en griego, *to kekhōrisménon*, en latín, *rerum limes et finis summus-*, conduciéndonos de lo finito a lo infinito; así como, a través de la metáfora del niño rey que contempla absorto las piezas de un tablero de juego, nos condujo del tiempo del ahora al tiempo del siempre.

Del mismo modo, en latín, el *limēs* es “surco”, “mojón”, “lindero”, “senda”, “frontera”; y el *finis* es límite que espera, según sea el caso, ser respetado o traspasado, grado final supremo de los bienes o de los males que el hombre escoge para dar sentido a su vida, y cuya elección ha de ser libre, consciente y responsable.

Por su parte, la dimensión temporal está expresada por los términos: *kairós*, “momento oportuno, preciso, que marca un límite”, pero también “punto vital” y “órgano esencial del cuerpo”; *khronos*, “tiempo divisible y mensurable” –que se hace remontar a la raíz \**gher-* “tener, contener” o a la raíz \**ker-* “cortar, separar”, extensible al sánscrito *cárman*, “piel” y al antiguo prusiano *kermens*, “cuerpo”; y *aión*, “eternidad”, “tiempo del siempre”, que también identifica a la época de la vida y al lapso de su duración.

De qué manera la frontera, con su doble direccionalidad y su múltiple dimensionalidad, afecta o condiciona a lo étnico, es lo que veremos. La palabra *ethnos* –“nación”, “pueblo”, “linaje”, “casta”, “cuerpo” y hasta “sexo”-, aparece, en efecto, ella también, cargada de sentidos a primera vista opuestos y excluyentes, integrando en unidad lo *homoethnēs* y lo *alloethnēs*. Evidentemente, todo depende del ángulo desde el cual se mira, de la ubicación del que mira en relación con la línea que marca la frontera, y de la naturaleza propia de esta, pues el resultado que arroja la acción del mirar es completamente distinto si esa frontera es la del cuerpo, *sōma*; a la de la casa, *oikos*; la del linaje, *genos*; la de la ciudad, *polis*; o la del entero *kosmos*. Podemos entender así por qué los atributos “intramuros y

extramuros”, “nacional y forastero”, “de la familia y extraño a ella”, pueden ser expresados con la misma palabra, *ethnikós*; y por qué el adjetivo *othnéios* puede oponerse a *oikéios*, aun cuando se aplica a un individuo perteneciente al *ethnos*, en cuanto “no es” del mismo *genos*. Las dos raíces de *ethnos*, \**swedh-* y \**swe-*, conducen a dos campos semánticos distintos: uno es el de “grupo”, “enjambre”; el otro, el de “propio”, “mismo”, (*heautón, se*). Una globaliza, la otra individualiza. Una disuelve el hombre en la comunidad o en la masa, la otra lo inserta en el sí mismo religándolo a lo suyo.

Es el misterio inherente a la frontera, y a la ambigüedad que la rodea. Sólo ubicándonos en nuestro espacio, a una distancia adecuada, y borrando todo prejuicio distorsionante, podremos valorar en su justa medida lo uno y lo otro.

Por su parte, *démos*, antes de pasar a identificar al “pueblo soberano”, ancla a su territorio a los habitantes de un país, especialmente a la gente del pueblo, que vive en el campo, contrastándola con los “poderosos”, *dynatói*, que viven en la ciudad; o con las “tropas”, *laós*, que militan en el ejército; y por tanto establece unas fronteras de orden social que aluden a su rango “común”, oponiéndolo a aquello más “distinguido” propio de las clases altas.

## II La noción de frontera en Heráclito.

a) Ámbito espacial. Frag. 62

Ēous kái hespéras térmata  
hē arktos kái antíon tēs árktoú  
óuros aithríou Diós.

“Los límites de la aurora y el crepúsculo  
son la Osa y, al lado opuesto a ella,  
el linde de Zeus resplandeciente”.

Nos parece probable que aquí *térmtata* signifique los dos momentos en que la aurora cede el paso a la irrupción del día luminoso, y el crepúsculo cede el paso al propagarse la tiniebla nocturna (a las tinieblas nocturnas?). La culminación de la aurora introduce la claridad; la culminación del crepúsculo introduce la oscuridad. Los dos *térmtata* están frente a frente; uno, al comienzo del día, inicia la parábola ascendente de la luz y concluye la descendente de la tiniebla; el otro, al comienzo de la noche, inicia la parábola

ascendente de la tiniebla y concluye la descendente de la luz; ambos son “indicios”, “signos develantes y a la vez fundantes”, y se sitúan en las antípodas. El fulgor radiante del día se instala en el cielo cuando la aurora, la de los dedos de púrpura, le cede el paso y desaparece; y la opacidad de la noche, realzada por la aparición de la constelación de la Osa, hace su ingreso triunfal cuando el crepúsculo, con sus tenues matices cambiantes, agoniza adensando su penumbra.

Si damos a esos signos una connotación espacial, entonces en el lugar de la aurora y del crepúsculo colocaremos el Este y el Oeste, y en el lugar de la Osa y del linde del dios colocaremos el Norte y el Sur. Tendremos así la región de las sombras, atenuando su opacidad en el tránsito del Norte al Este, y la de la luz atenuando su resplandor en el tránsito del Sur al Oeste. Esto, si leemos las dos secuencias en el orden “*arktós - ēós - óuros Diós - hespera*”, trazando un periplo anular en que comienzo y fin son uno y lo mismo. Si, por el contrario, preferimos el trazado lineal quiástico “*ēós - óuros Diós - hespera - arktós*”, y hacemos cruzar las dos tangentes, tendremos frente a frente las dos regiones, oponiéndose en abierto desafío. En el primer caso una frontera cede lenta y paulatinamente dejando espacio a la otra; en el segundo los perfiles se niegan a ceder sus posiciones y han de negarse a sí mismos para permitir realizar la instalación de sus contrarios, o siquiera imaginarla.

En el fragmento 52:

*Hélios oukh hyperbēsetai metra  
ei de mē Erinýes min Dikēs epíkouroi exeurēsousin*  
“Helios no sobrepasará sus confines,  
si no las Erinias, defensoras de Dike, lo descubrirán”

El término *metra* introduce el concepto de frontera como medida. Todas las fuerzas vivas de la naturaleza tienen asignado el ámbito en que han de ejercitar su acción dentro del ordenamiento cósmico. Ese ámbito está rigurosamente establecido, y no es lícito ensancharlo, disminuirlo o modificarlo, aun en el caso de algo o alguien tan poderoso como Helios, el mítico titán solar. La referencia a potencias numinosas míticas como las Erinias, vengadoras de los crímenes de sangre más espeluznantes, es extraordinariamente significativa. Sobrepasar los límites es violar las férreas normas de un cosmos que se rige de manera acorde a un sistema parental y jerárquico, donde la más mínima transgresión origina un desastre de proporciones, y, por

ende, debe ser cuidadosamente prevenida y, en el caso que se lleve a cabo, severamente sancionada.

Ya Hesíodo había retratado a Dike, la joven diosa de la Justicia, hija del gran Zeus, en el acto de cumplir su misión de observar la conducta de los mortales, y luego, sentada a los pies del Padre, denunciar aquello que le haya parecido impropio o sospechoso. El categórico imperativo futuro: “¡no sobrepasará sus confines!” destaca los rasgos fijos e incuestionables del sistema que consagra la soberanía de la ley, encarnada ahora en Dike como antes lo había sido en Themis. Toda transgresión es producto nefasto de la puesta en obra de una *hybris* o una *hamartía*, tanto más reprochable, cuanto más encumbrada es la categoría de aquél que incurre en ella.

Es interesante la connotación ética que reviste aquí el orden cósmico, que Heráclito parece percibir como paradigma tanto de la estructura social y política como del equilibrio individual e interior. La arcaica fórmula tradicional, que hace de las Erinias las servidoras y protectoras de ese orden, engasta el fragmento en el contexto de un mito portador de modelos ideales dignos de ser imitados en los ámbitos más diversos. El traspasar las fronteras constituidas por su órbita sabiamente fijada desde el comienzo, *ex arkheś*, pone de relieve la censurable osadía encarnada en el *hypér*, destinado a dispararse, por su fuerte carga semántica, más en alto de lo permitido, debido a su impenitente incontinencia.

A consecuencia de esa siempre latente inclinación, las normas han de ser necesariamente severas, pues es preciso respetar la medida y, por así decir, el ritmo que regula el universo. Los *metra* imponen el acatamiento a los límites, indispensables para que triunfe la armonía. El amenazante *ei de mé* nos recuerda que la disciplina es a la vez necesidad y belleza, y que lo bueno es y será siempre ligado a esas dos componentes.

### b) Ámbito temporal

El fragmento 95:

*Hairéontai hen antí hapántōn hoi áristoi,*

*kleos aénaon thnētōn;*

*hoi de pollói kekórēntai hókōsper kténea*

“Escogen una cosa sola los mejores,

la gloria sempiterna de los mortales;

los más, en cambio, se atiborran como ganado”,

Nos traslada del marco espacial al temporal. Aquí los deslindes son dados por las aspiraciones de los humanos, que podríamos definir como sus “fronteras interiores”, y éstas pueden ubicarse más allá del tiempo en que ellos están destinados a vivir, o circunscribirse y agotarse dentro de ese tiempo.

La primera aspiración es fruto de una elección consciente que involucra el ser ético y trascendente del hombre. Este, en efecto, es capaz de empinarse con la mirada más arriba de lo que lo ancla a los estrechos confines que le han sido asignados en su condición de angostura y precariedad, y de dirigir su atención a un siempre, *aiéi*, que encierra a la vez la idea de fuerza vital y la de permanencia en el tiempo, ambas estrechamente enlazadas. Ante el ojo del alma se despliega lo eterno, y dentro de sus ilimitados, inescrutables contornos, un bien que no se ve ni se toca, pero que otorga la más deseable bienaventuranza: *kleos*, la gloria. *Kleos* está llamada a derrotar a esa muerte que se halla implícita en la más ajustada definición del ser del hombre en cuanto hombre: *thnētós, mortalis*, permitiéndole permanecer *vivō vōlitans in ore virōrum*, como unos siglos después dirá Ennio, el Homero romano.

La otra no es una aspiración propiamente tal; identifica al hombre *véntrico* en contraposición al hombre *músico*. El hombre *véntrico* no es capaz de levantar la mirada más allá de los angostos lindes de su animalidad, y se deja esclavizar por los placeres de la carne, los únicos que le aparecen alcanzables y le permiten alejar, si bien por breves lapsos, su sensación de inseguridad, y hacer más llevadero el desasosiego causado por su pesimismo existencial. El *músico*, en cambio, arroja sus anhelos hacia lo alto, y su meta, para arribar a la cual no escatima esfuerzos y renuncias, se pierde en los espacios ilimitados no constreñidos por ninguna barrera.

El fragmento 108, que establece los límites de una generación, *geneá*, parece basarse sobre la creencia popular tradicional según la cual la secuencia abuelo-hijo-nieto, si la pensamos en términos de potencia generativa, cubre el arco de treinta años.

El *continuum* del *genos* liga directamente el abuelo al nieto, pasando por el hijo que, a pesar de no ser mencionado, hace de anillo de conjunción entre los dos extremos en línea. Dos lapsos, equivalentes *grosso modo* a dos *hebdómata* -más el año situado entre la concepción y el alumbramiento-, son necesarios para que los tres exponentes de la secuencia tengan la edad mínima para engendrar.

El ciclo, iniciado por el abuelo, como observa Marcovic, contiene dos trechos fértiles, en que los protagonistas, padre e hijo, no pueden tener, al inicio del acto generativo, menos de quince años cada uno. Su conclusión no está clausurada; por el contrario, en el momento en que el hijo del hijo alcanza los quince años, el término, *peras*, está llano a devenir comienzo, *arkhé*, y a iniciar el ciclo siguiente. Heráclito, como sabemos, ha afirmado una y otra vez que en una circunferencia -y *kyklos* lo es- comienzo y fin son uno y lo mismo; así como ha sostenido que, en nosotros los humanos, “como uno y lo mismo existen el viviente y el muerto, el joven y el viejo”, siendo la vida contraparte de la muerte, y la juventud contraparte de la vejez, desembocando estas, y casi cayendo (*metapesónta*), una en la otra.

De este modo, en el *genos*, las fronteras del tiempo se muestran móviles, desplazándose sin más constricciones que las dadas por un mínimo y un máximo fijados al margen de ellas; y la vida late en su interior con una libertad mesurada y flexible, acorde en cada caso a lo establecido.

### c) Ámbito espiritual

Pasando de lo físico a lo suprafísico, Heráclito introduce la noción de los “confines del alma”, y de la incommensurable profundidad de su medida.

Escuchemos el celeberrimo fragmento 67:

*Psykhēs péirata*

*iōn ouk an exéuroio*

*pāsan epiporeuómenos hodón,*

*houtō bathýn logon ekhei*

“Los confines del alma

poniéndote en marcha jamás podrás hallar,

aunque entero recorras el camino,

tan profundo tiene su logos”.

Nos encontramos aquí proyectados hacia el movimiento propio de la búsqueda, búsqueda de una frontera inasible, dentro de un espacio no mensurable.

El viajero aparece cumpliendo todos los requisitos y dando todos los pasos para que su andar sea coronado por el éxito: no solamente

emprende el camino, sino que lo recorre por completo hasta el fin. No obstante, el *ouk* presente en la primera parte del texto, justo después del *iōn*, que lo muestra ya decidido y en marcha, es una clara advertencia, confirmada por el *houtō* que introduce la última parte: “...jamás podrás..., así de profundo...”.

El fragmento nos sume en un hondo misterio: trata de unas arcanas fronteras pertenecientes a un elemento etéreo, *psykhē*, que posee la naturaleza del soplo. No es de extrañar la dificultad de constreñir tal elemento al interior de unos deslindes. Desde el comienzo estamos en el centro de una contradicción.

Además, puesto que se trata del alma, el andar conduce hacia dentro y no hacia fuera. Se hace, pues, improbable llegar a distinguir esas fronteras, de las cuales nada sabemos salvo que están muy, muy abajo, en la más impenetrable profundidad del ser. Nos movemos a ciegas, luchando contra la opacidad densa e inquietante. Lo profundo encierra la idea del bajar, avanzando despacio, hacia el fondo del abismo. ¿Está allí el *logos* del alma? ¿Y qué es esa extraña unidad de medida que Heráclito llama *logos*? Lo intuimos oscuro pero cargado de una enorme potencia; definirlo es tarea impropia. ¿Cómo podría de-finirse algo que no tiene con-fines? ¿O algo cuyos confines se pierden en un ápeiron desconocido, dentro de coordenadas que nuestro *noos* (*nous*) se resiste a pensar? Es como si nos sumergiéramos en un elemento blando y denso, suavemente, sin llegar nunca al fondo, y en ese descenso fuésemos perdiendo poco a poco la memoria del aquí y del ahora y de todas las cosas que le atañen, que nos pertenecieron pero que ya nos son ajenas. Estamos ingresando en otra dimensión. *Bathýs*, *barýs*, *bythós*, *byssós*, *bythízomai*: un largo viaje hacia el último escollo, invisible, simbólico linde de un más allá extremo, sin rostro ni nombre. Secreta paradoja de lo inmaterial.

Y seguimos las huellas calladas de eso en que la materia no hace presa; y nos hallamos de repente en otro espacio fuera del espacio, al amparo -¿o al desamparo?- de un tiempo sin tiempo. Es el dominio de la oscura Sibila, la amada de Febo el resplandeciente, el que se nos abre en el fragmento 75:

*Sibylla*  
*mainomenōi stómati...*  
*agélasta phthengoménē*

*khilíōn etón exiknéitai téi phónéi  
diá ton theón.*

“La Sibila  
con boca delirante...  
pronunciando palabras no risibles  
alcanza miles de años  
por mediación del dios”.

Una voz, la de la Sibila, cuya potencia procede de otro, que desafía el tiempo y penetra en los recesos del alma, develando su oscuro mensaje tras la estela brillante del numen divino.

Como todo aquello que trasciende lo natural, el *telos* al que apunta la vibración de esa voz se pierde en los rastros del siempre. No es un modo humano, *ouk anthrōpínōs*, aquél en que ella resuena anunciando el futuro, porque pregoná su *euangélion* conjuntamente, en com-unión con el dios, el único ante el cual todo se despliega como eterno presente. Debemos apelar a nuestros sentidos inmateriales, si queremos atisbar sus confines, pues no hay senda visible que conduzca hasta ellos. Se nos ha hecho partícipes del habla, don de los dioses, mas si nos despegamos de ellos su alcance es muy escaso, y la verdad que contiene nuestros anhelos permanecerá in-tocada, infinitamente lejana y ajena. Nuestra boca habrá de modular gritos y susurros que lleguen a perforar la corteza broncinea de lo inmanente y a rozar aquello otro que se sitúa más allá.

Pero para eso hay que experimentar la “pasión” de la verdad, sufrirla y gozarla, o simplemente vivirla. Sólo entonces nos percataremos del verdadero sentido del límite, que, plegándose a la *coincidentia oppositorum*, se sitúa en lo que no tiene límite. Dentro de lo humano, la más verdadera noción de una cosa real está espejeada en el corazón de su contrario.

Este nuevo sentido del límite es el que descubrimos en el fragmento que define al dios, el 77:

*ho theós  
hēmérē euphrónē, kheimón theros,  
pólemos eirénē, koros limós...  
“el dios*

dianoche, inviernoverano,  
guerrapaz, saciedadhambre..."

Desaparecen, dentro de la maravilla del ser divino, todas las fronteras: resume él en su asombrosa realidad los fundamentos de toda existencia. El dios es, todo él, cimiento. Lo múltiple está enraizado en lo uno que en él tiene vida.

En el ámbito de lo natural, de lo humano sensible y pensable, los límites trazan los perfiles de lo viviente: las cosas, las instituciones, las imágenes, las ideas. Sin ellos volvería a triunfar el caos, enorme vorágine en que el todo y la nada librán su implacable batalla. Pero la naturaleza del límite es ajena al dios, principio supremo. De él cuelgan los innumerables opuestos en los que se articula la pluralidad toda de lo que adviene y deviene.

En nuestro universo se transita de un espacio a otro, cada uno de ellos debidamente resguardado, y se necesita de mapas para orientarse y de documentos que atestigüen la identidad de quien allí circule. No así en el del dios que es "uno-todo", supremo *continuum*. En nuestro entorno, la máxima perfección alcanzable está dada por el ajuste, el equilibrio, la armonía de los consensos; y en ella la existencia de las fronteras y el respeto de los límites se hacen obligatorios. Esta obligatoriedad abarca también el campo de la "nominación", siendo el *nomen* lo que de-fine, permitiéndonos acotar eso que vemos y oímos, olemos y gustamos, palpamos y pensamos. Es, el nombrar, criatura del asombro, fruto de la contemplación. Pero nosotros los humanos sólo podemos nombrar lo que pertenece a nuestra "geografía". Y experienciamos la angustia de sus límites, cuando queremos nombrar al dios que está libre de ellos.

De esta intuición y del desasosiego que le sigue se hace eco Heráclito en el bellísimo fragmento 81:

*to mē dynón pote pōs an tis lathoi?*

"De lo que jamás se pone, ¿cómo podría uno ocultarse?"

En él la superación de la noción de límite es total y plena. En el ámbito de lo divino no cabe ni el límite que distingue y define, ni el que coarta y separa. Como es propio de la naturaleza del principio, *arkhé*, el dios, único ser exento de límites, es "fundamento" de todo límite.

A él sólo es dado llamarnos a cada uno y a cada cosa por el nombre que él mismo ha escogido para nosotros, recortando nuestro perfil e insuflando en él su aliento divino. Es, el suyo, el ojo espiritual, que escudriña, más allá de nuestros tantos disfraces y escondrijos, lo que se oculta dentro de nuestros corazones. Su “jamás” borra el tiempo y se asienta en lo absoluto. Se constituye, todo Él, en nuestra única verdadera Frontera. Y el sopló de su espíritu nos consagra como “suyos”.

### III A modo de conclusión

¿Qué podemos extraer, de estas deshiladas reflexiones, que nos sirva hoy para nuestro incierto vivir?

Hemos aprendido que no todas las fronteras, no todos los límites son iguales. Aun al interior de las tres categorías que hemos encontrado en los fragmentos de Heráclito, no es difícil distinguir muchas especies menores, ellas también de suma importancia para nuestra existencia.

Las fronteras del orden espacial nos invitan a acoger a quienes están situados en la otra ladera -a ellos y a sus costumbres-, sin soberbia y sin prejuicios, conscientes de que lo que nos une es mucho más de lo que nos separa.

Las del orden temporal nos llaman a valorar nuestra efimereidad y a potenciar nuestra flaqueza.

Pero son las del orden inmaterial aquellas que más han de preocuparnos. Yerguen, ellas, entre quienes se ubican en los dos frentes opuestos, barreras tan altas que resulta casi imposible franquearlas. Se alinean en filas compactas, dentro de sistemas o hábitos tan variados como los éticos y los estéticos, los sociales y los económicos, los civiles y los religiosos; y nos tornan fanáticos e intransigentes con los que están al otro lado, incapaces de ceder de unos milímetros nuestras posiciones.

Nuestra “aldea global” pulula de corazones armados de todo punto, siempre a la defensiva. Y la sabiduría del “UnoTodo” del efesio y de su *homologéin* nos aparece cada día más lejana.

A cada paso se levantan nuevas fronteras, las de la ignorancia y de la incomprensión, la de la injusticia y del poder, la de la corrupción y de la hipocresía, y así tantas otras que van afeando el rostro del universo.

Escudándose detrás de ellas, las etnias más débiles estallan en actos de rebeldía, y las más poderosas imponen con la fuerza lo que es acorde a sus intereses, mientras el Bien Común, olvidado, manipulado, pisoteado, se refugia en el mundo de las ideas.

Lo humano, lo familiar, lo cívico, lo patrio, que están situados al otro lado de la frontera de cada cual, se despojan de aquella mismidad que los hermana con los de sus semejantes de cualquier rincón de la tierra; y unos y otros endurecen su ceño. Se bloquean los conductos y se minan las zonas colindantes. La armonía de lo diverso, tan bellamente graficada en los fragmentos heraclítEOS, deviene desajuste y estridencia. La vida perece, derrotada por la muerte.

Y sin embargo..., quizás aún estemos a tiempo. Sólo depende de nosotros.

**GIUSEPPINA GRAMMATICO**